

MARCIAL PLAZA FERRAND

NERVIOSO, apasionado, con bulliciosas fanfarronadas y conmoviéndose a menudo infantilmente en fuerza de la injenuidad de sus sentimientos, Plaza Ferrand realiza el tipo del muchacho amable, cuya amistad todos buscan, con la certidumbre de encontrar en ella verdadero placer espiritual. Con tales condiciones de carácter no es raro que él se haya conquistado todas las simpatías. Pocos de nuestros artistas han sido mas estimados por sus compañeros, y aun por sus maestros, que este travieso y risueño pintor de la belleza femenina.

Hubo un tiempo en que el modesto y desordenado taller de Plaza Ferrand se convirtió en *rendez-vous* de un nutrido grupo de artistas jóvenes. Pintores y literatos que se llamaban Marcelos y Rodolfos, todos los que en aquel entonces habíanse convertido en imitadores de los bohemios mürrgerianos, iban allí a fumar tabaco en pipa, a decir versos decadentes, en los cuales abundaban las rimas azules que nos trajo Darío; a leer cuentos simbólicos y, mas que eso, a gustar la charla chispeante y alegre de aquel muchacho que, entre explosiones de risa y jestos y ademanes expresivos, iba haciendo surgir con sus pinceles verdaderas fiestas de color.

Por aquella época, hace de esto unos cinco o seis años, Plaza empezaba a pintar sus seductoras cabezas de mujer. Además, tenía adquirido cierto relativo renombre en la pintura de retratos, especialmente en los del género femenino. Su taller veíase invadido de bocetos y de *esquisses* que hablaban elocuentemente de prosperidad y buena fortuna. Algunas hermosas y distinguidas damas de Santiago erguíanse en elegantes poses ante el caballete del joven pintor, el cual se iniciaba de este modo en el secreto del colorido de ese fresco y delicado colorido femenino, que mas tarde ha sido una de las cualidades mas celebradas de su labor artística.

Poco después, Plaza triunfaba en el Salon. No hace mucho, ha dado ZIG-ZAG en su portada una reproducción en colores de la tela con que conquistó la primera medalla en el certámen anual de bellas artes. Advértese en esa cabeza de mujer romántica, que el artista no ha encontrado todavía su propia personalidad. Se vé la tendencia de su temperamento, pero al mismo tiempo salta a la vista que no ha hallado aun la ruta deseada. Chaplin impera allí en forma y en espíritu. Es una influencia de la cual el artista tardará algo en libertarse. Sin embargo, en esa tela existe ya la insinuación de muchas esperanzas. Así lo comprendieron los miembros del jurado, y así lo entendió el Gobierno, y un buen día Plaza Ferrand fué enviado a Europa, a continuar la cultura de su intelecto y de su imaginación bajo la dirección de algun gran maestro del arte francés.

Se realizaban, por fin, las mas fervientes aspiraciones del joven pintor. Se marchaba a Francia, el país deseado tanto tiempo, el soñado país del arte. Y una alegre mañana se embarcó, llevándose todo un inmenso bagaje de hermosos proyectos y encantadores ensueños.

Llegado a París, fué en busca de Jean Paul Laurens, el famoso maestro de la Academia Julien, miembro del Instituto, y una de las glorias artísticas de Francia menos discutidas. Allí, en esa célebre Academia, y asistiendo a las clases del famoso Jean Paul, cuyos consejos han oído casi todos los pensionados chilenos en el extranjero, vino a comprender nuestro artista cuánto es menester luchar

y cómo es necesario armarse de valor heroico para llegar a comprender siquiera sea el ménos profundo de los misterios que encierra el gran arte.

En verdad, Plaza no había tomado aquí mui en serio el estudio del dibujo. Fué en París donde vino a darse cuenta cabal de la importancia enorme que él tiene, y de las dolorosas dificultades que hai necesidad de vencer para lograr dominarlo.

Ya en el primer envío que hizo de París al Salon de Santiago se observa que el dibujo le preocupa bastante. Sus cabecitas femeninas son mejor construidas; las líneas están en ellas mejor halladas y mas graciosamente comprendidas, y luego, se advierte que las formas están sentidas con mayor sinceridad, con mayor honradez, como lo atestigua la tela que sirve de portada al presente número.

Esta preocupacion de construir mejor, ha hecho, sin duda, que el artista no proceda con el atrevido desenfado de ántes, lo cual, hasta cierto punto, quita a sus obras algo de espontaneidad; en cambio, se puede casi afirmar que, a medida que se posesione del dibujo, sus antiguas cualidades de ejecutante nervioso e inquieto iran reapareciendo en él poco a poco. Porque no cabe dudar que es la factura nerviosa y vibrante la que está en mejor acuerdo con su temperamento.

Hemos tenido oportunidad de ver las fotografías de los dos cuadros que Plaza Ferrand exhibió en el Salon de París del pasado año, y en esas fotografías es fácil observar cómo renacen nuevamente las briosas pinceladas que caracterizaban su pintura de otra época.

Ultimamente nos llega de París la noticia de que Plaza prepara dos telas de aliento para presentarlas al Salon de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, cuya apertura tendrá lugar en el próximo mes de mayo. Si se considera el éxito que obtuvieron el año pasado sus envíos, uno de los cuales mereció ser colocado *sur la cimaise*, que es como decir en sitio de honor, es de suponer que ahora, con un año mas de trabajo asiduo y abnegado, el triunfo sea mas completo.

Esto, naturalmente, mas como un deseo que como una exigencia; pues se sabe que allá como aquí no siempre es el mérito el que vence. De otra suerte, no existiría esa elocuente palabra *pistonage*, tan usual en jerga de artistas...

Sabemos tambien que Plaza Ferrand se propone enviar una buena colección de telas originales a fin de organizar con ellas una esposición, que se verificará en el adecuado *hall* que *El Mercurio* posee. Será esta la mejor manifestación de los progresos realizados por el joven pintor durante su estadía de cuatro años en París. Será una fiesta artística para nuestra sociedad, que tan bien aprecia la labor elegante y delicada de este "Marcel Prevost de la pintura", como lo llamó un alegre cronista en aquellos tiempos del tabaco en pipa, de los versos azules y de los cuentos simbólicos.

M. MAGALLANES MOURE